

("Junto al Tíber...")

¿Sabes tal vez que entre mis manos las letras de tu nombre que contienen el secreto de los astros son la misma miserable pelota de papel que ahora arrojé al canasto?

("Escultura de palabras...")

El furor llega a su nivel máximo en las dos colecciones que cierran la segunda etapa: *mutatis mutandis* (1954) y *naturaleza muerta* (1958). Si la primera termina con los versos "borro todo por fin/ no escribo nada", la segunda trabaja en el borde mismo de la tautología y el solipsismo ("Una manzana roja sobre la yerba verde/ Es una manzana roja sobre la yerba verde"), lo que anuncia el comienzo del periodo final de su obra: el de su disolución o reducción a lo mínimo, apoyada en las fórmulas de la poesía concreta y las propuestas del arte conceptual. *eros/ iones* (1958), *4 estancias, canto visible y papel* (los tres de 1960) corresponden a ese momento de rarefacción y asringencia: más que poemas tenemos aquí instrucciones para completarlos o destruirlos; más que textos tenemos íconos, formas geométricas y símbolos matemáticos, la pura materia física (la página, el papel, el rasgo gráfico) en la que el acto creador queda meramente registrado como una marca o gesto irónico.

No es ésta la etapa que considero más interesante de Eielson, pero creo que era inevitable que pasase por ella y que, al hacerlo, decidiese abandonar la "poesía escrita": había llegado al límite extremo y descubierto la condición trágica del lenguaje. Espíritu esencialmente moderno, insaciable en su curiosidad estética, conciencia hipercrítica e insatisfecha, el poeta ha sabido ser fiel a la ley del cambio y aventurarse por caminos siempre desconocidos, temeroso del virtuosismo fácil. Aun ahora en que su obra poética alcanza ese mínimo reconocimiento de la recopilación y difusión, Eielson no ha dejado de ser lo que siempre ha sido: un artista absolutamente solitario e irreductible, cuya pura rebeldía participa de la insurrección del santo, el suicida y el saboteador.

México, el trauma de su historia de Edmundo O'Gorman

► UNAM
México 1977, 119 pp.

por Enrique Krauze

"Los temas deben nacer del hígado" fue una de las frases que acuñó don Edmundo O'Gorman, al colgarse el hábito de predicador en un reciente congreso de historiadores. El auditorio subrayaba cada frase con un aplauso, no por estar siempre de acuerdo con él, sino por la vehemencia casi patriótica con la que hablaba: qué ironía llamar "fuentes" a los páramos de documentos que atestiguan un pasado irrecuperable; es inútil, dijo O'Gorman, buscar sentido en los "materiales", cuando faltan "espirituales" que los animen, que les confieran un orden: si no media la "hipótesis imaginativa", "única chispa divina" concedida a los pobres humanos; los grandes historiadores han sido devotos de la comprensión, no de las fuentes, quizá porque no vivían *de* sino *para* la historia: eran ricos, bien alimentados y consentidos: nada, pues, de imitar a las hormigas laboriosas: "¡A la revelación!"

El buen predicador comienza en casa. Unos meses antes, O'Gorman había entregado a la Universidad el manuscrito de *México, el trauma de su historia*, la única historia de México sin fechas, acontecimientos, instituciones, batallas, cronologías, procesos económicos y sociales, notas al pie de página, bibliografía, y donde el número de personas citadas no llega a cinco. Un análisis concentrado en el proceso de la identidad mexicana, hilo que revela, para O'Gorman, la "Unidad fundamental subyacente en nuestra historia". Una interpretación global del pasado mexicano, nacida, en cierta forma del hígado, pero producto también de muchos años de

investigación, docencia, reflexión. Un diagnóstico construido sobre un mínimo aparente de documentación y un conjunto de hipótesis imaginativas. Un elegante edificio intelectual, primordialmente hermenéutico, salido de la pluma de un historiador como los antiguos: rico, querido y respetado. Una "revelación" en torno al fracaso del ser mexicano en 119 páginas.

La trama del *trauma* comienza con la invención de América. Este continente no fue, en realidad, descubierto. Nació más bien de una imposición europea, como un proyecto que ignoró a las civilizaciones autóctonas. América no fue América sino a partir de Europa, en función de ella, pero hacia el siglo XVII la vieja Europa se había dividido ya en dos mundos históricos y esta división engendró, a su vez, dos Américas. La protestante se propuso el dominio de la naturaleza. Su ética elevó el trabajo cotidiano a la altura de un "llamado divino" para luego, imperceptiblemente, olvidar el "llamado" y conformarse con el éxito material. La Europa protestante soñaba con una Europa renovada en América, con una utopía. Por su parte, la otra Europa era inmune al futuro. Su proyecto consistía en ensanchar el reino ya presente de la verdad revelada, prolongar la vigencia del orden católico, construir no una Europa renovada sino una nueva Europa. Su meta no era una utopía, era una entelequia.

Con la independencia, Nueva España, "flor de invernadero", salió a la intemperie y tuvo que escoger. Conservadores y liberales sabían que volver a la tutela española era imposible, pero ambos conservaban un cierto orgullo del pasado colonial, que muy pronto degeneró en la soberbia de exaltar, sin mayor sustento en la realidad, la belleza, las virtudes y la riqueza natural de las antiguas colonias. Esta lamentable actitud de aristócrata venido a menos, fue "el legado ontológico de la Colonia" que adormeció a los dirigentes mexicanos. Frente a ellos se erigió la vertiginosa modernidad de los Estados Unidos. Fue el momento crucial de la historia mexicana: conservadores y liberales pensaron a la nación que querían y la pensaron equivocadamente.

Los conservadores pretendían modernizar al país sin dejar de ser fieles a la vida colonial. Los impulsaba una vi-

sión providencialista que considera al devenir histórico como la realidad esencial, y a los entes históricos como auténticos o inauténticos, según se apeguen o no, a aquél. Se trata —argumenta O'Gorman— de un proyecto contradictorio, incongruente y, a fin de cuentas, imposible. Contradictorio, porque desea los beneficios de la modernidad norteamericana que, por otro lado, imagina esencialmente inauténtica; incongruente, porque para salvar la contradicción, tiene que suponer "como posible tomar del ente inauténtico (Estados Unidos) los medios de su prosperidad" sin adoptar, con ello, su modo de ser. Lo cual implica, a su vez, que esos medios son accidentales. Pero de ser así, no hay manera de entender por qué el "ente auténtico tiene que tomar dichos medios del inauténtico o... por qué el inauténtico es el próspero y no el auténtico". La tesis es, en definitiva, imposible; para no serlo, la nueva nación tendría que abdicar su porvenir moderno y, "en el límite, reducir su proyecto de vida al proyecto de muerte de mantener en el futuro el *status* del pasado". Querer seguir siendo como la Colonia significa ser la Colonia. Como los conservadores no pretenden decididamente esto, su proyecto reconoce, *a posteriori*, el *apriori* de los liberales: la necesidad de alcanzar la prosperidad de los Estados Unidos.

Los liberales no adivinaban mejor la historia. Sin renunciar, en el fondo, al orgullo de pertenecer al tronco ibérico, quisieron ser como los Estados Unidos. Un futuro promisorio los justificaba. Pensaron que México no difería esencialmente de los Estados Unidos y, de ese modo, como los conservadores, ignoraron el pecado original: las dos Américas. Los impulsaba una visión progresista de la historia para la cual el devenir es accidental mientras que los entes, adelantados o atrasados, son lo único esencial. La tesis liberal resulta también, para O'Gorman, contradictoria, incongruente e imposible. Lo primero porque el solo deseo de canjear el propio modo de ser por el yanqui, significa aceptar la diferencia que la propia tesis niega: incongruente, porque o todos los entes históricos son, por esencia, iguales; o no lo son, en cuyo caso la etiqueta de atrasados o adelantados se vuelve irreal. A fin de cuentas, la tesis liberal es imposible; para dejar de serlo la nueva nación tendría que "reducir su proyecto de vida al proyecto de muer-

te" de ser anexada a los Estados Unidos. Ser como ellos es ser ellos. Pero los liberales no quieren llegar a esos extremos y su proyecto termina por reconocer, *a posteriori*, el *apriori* de la tesis contraria: la necesidad de mantener el modo de ser colonial.

"La encrucijada de Jano" desemboca en una enormidad: la tesis conservadora y la liberal son idénticas. La reducción lógica ha revelado la gigantesca equivocación que fue, para O'Gorman, la querrela del siglo XIX mexicano. Era un duelo a muerte entre los miembros de un mismo equipo, confundidos mutuamente con el enemigo. Ambos querían "los beneficios de la modernidad pero no la modernidad misma". Todas las desventuras de nuestra historia parten de esta falsa disyuntiva o, como explica O'Gorman, de esta "disyuntiva entre dos imposibilidades".

El conflicto entre liberales y conservadores aparece como un choque de orgullos, una cortina de humo que ocultó el verdadero problema: la diferencia que separó y separa a Iberoamérica de los Estados Unidos. La victoria liberal tenía por fuerza que ser pírrica. El país no se modernizaba con la sola adopción de formas políticas norteamericanas. El único progreso palpable era el del fracaso. En lugar de asumirlo, los liberales inventan al *big bad wolf*: el vecino admirado que se conjuga con los conservadores para perpetuar el orden colonial y así explotar más fácilmente a la tierna nación. Los yanquis bienamados se vuelven el objeto de un enconado odio, no sólo por las villanías que cometen —y que O'Gorman no deja de reconocer— sino por la ayuda que niegan a los liberales iberoamericanos, sus hermanos de ideología. Desamparados, estos evaden su responsabilidad histórica y se adornan en una suerte de superior-inferioridad: no estamos para ayudarnos sino para que nos ayuden.

La lira de Rodó mitiga las desventajas: ¡Regocijáos, no hay tal fracaso! El salvaje Calibán vive adorando el bienestar material, pero la dulce Iberoamérica, guiada por Ariel, posee el tesoro del espíritu. El anhelo de modernidad subyace vergonzante: sin renunciar a la vida espiritual, el maná de la prosperidad nos lloverá por añadidura.

El Porfiriato resulta el primer —y, para O'Gorman, el único— régimen congruente de la historia de México. Percibió la identidad de las tesis en pugna y las llevó a su desenlace lógico: el

presidente-emperador. La lucha entre hermanos de una misma equivocación se comienza a resolver con la imposición de la paz. Desaparecen los perfiles mochos y chinacos; la modernidad leuleya de los liberales es sustituida por la verdadera: la material. Díaz resulta un liberador en el sentido psicoanalítico del término: combate, hasta casi vencerlos, a los fantasmas coloniales. Cometió un solo error: perpetuarse.

La revolución se propone, ceteramente, acabar con la dictadura, pero no se justifica como bandera de modernización. Más que una Revolución, según la prédica de Justo Sierra, O'Gorman piensa que México requería de una pacífica evolución. El país retrocedió históricamente, porque la revolución desentierra los fantasmas liberales con todo y la piqueta de la Reforma. Como los conservadores estaban liquidados, los neoliberales se inventan un enemigo y la vieja querrela se reinicia, pero ahora con una doble esquizofrenia: sin enemigo real ni virtual. Los campeones del pleito entre sombras, convierten a la revolución en Revolución, luego en Gobierno y a éste, poco a poco, en la mismísima encarnación de la Patria. México se vuelve un ente metafísico, "encarcelado", a partir del 1910, en su propia historia, condenado a desconocer la aventura y el riesgo. El *big bad wolf* crece en perversidad y la huida de la realidad se torna más cómoda: "un patológico nacionalismo, una complaciente autoestimación, un cómodo expiar sus culpas sin asumirlas, un cegar-se a la evidencia de la realidad" son algunas de las consecuencias que O'Gorman apunta del trauma mexicano.

"I wonder if everyone's always been wrong" lamenta O'Gorman citando a C. P. Snow. Su libro, su mirada triste por el contorno de nuestra historia, adquiere un tono desesperanzado que al final se resuelve en una prédica moral, anticipada ya por el epígrafe "Ducit amor patriae" que advierte la portada: La historia no puede encarcelarse, la vida aborta en sí misma se corrompe incesantemente. Vivir es bregar, hacer. Estamos ella. Asumamos nuestra responsabilidad y "salvémonos o zozobremos" junto con ella. El requisito primero será que los mexicanos encaren "la realidad que tanto han rehuido y que arriesguen con honor y denuedo lo que acontezca".

■
Cuando algún discípulo reclamó a

Croce que en toda su *Historia de Europa en el siglo XIX* no mencionara el ferrocarril, el maestro respondió que no hacía falta: el ferrocarril era apenas una estribación sin importancia en la verdadera historia: la del espíritu. Pregunta y respuesta consignan una polémica vejisima e insoluble. Su origen es, quizá, más visceral que intelectual. La confrontación persiste a pesar de que, en la práctica, los historiadores de ambas tendencias suelen abandonar sus propósitos declarados y guiarse por el sano sentido común. De cualquier forma, toda crítica a una historia como la de O'Gorman tiene que hacerse a partir de elementos históricos tan escasamente ideales como el ferrocarril.

Desde un punto de vista lógico, es indudable la contradicción entre la promesa terrenal de la modernidad y la doctrina católica que ve en este "Valle de lágrimas" una mera estación en el camino a la vida verdadera. Pero la contradicción, incongruencias e imposibilidad lógica, no hizo menos real la traducción práctica del proyecto conservador. La "gran dicotomía americana" pudo no ser tan grande: Francia es católica y es moderna. La Iglesia condenó ciertas prácticas económicas, notablemente la usura y el comercio, pero no desautorizó la agricultura, la industria, la minería. La doctrina católica distinguió sutilmente entre el avaro acaparador y el rico "tesorero de los pobres". Los mineros y comerciantes de la época borbónica en México tenían todos los rasgos del empresario moderno; sus obras piosas no les restaban iniciativa, ni sus negocios, piedad. La sola figura de Lucas Alamán, católico devoto y activo empresario, ¿no refuta la tesis de la imposibilidad del proyecto conservador? Es probable que en el ámbito político, la inconsistencia lógica del proyecto conservador se haya traducido en una imposibilidad real, como O'Gorman mismo ha mostrado en su excelente estudio sobre el monarquismo novohispano. Pero en el aspecto económico, social y cultural, la tesis conservadora y su secuela práctica —donde la hubo— no eran del todo incompatibles con la realidad mexicana.

El vínculo de los liberales con el tronco ibérico fue probablemente menos decisivo de lo que sugiere O'Gorman. Los liberales de la Reforma fracasaron en modernizar al país, pero no por la inconsistencia de su proyecto, sino por la adversidad de muchos factores, entre

otros: el territorio, la cultura mexicana tradicional, la coyuntura internacional, las mejores alternativas de inversión para el capital extranjero y, quizá también, porque valoraban la libertad como un fin en sí mismo por sobre objetivos igualmente modernos, pero distintos: la prosperidad entre ellos.

La invención del *big bad wolf* que O'Gorman coloca en el pasivo de los liberales ¿no fue, en el inicio, una idea de los conservadores? La irresponsabilidad de caperucita Iberoamérica al achacarle todos sus achaques al lobo, no quita un adarme a la evidencia de que éste, prácticamente, se la comió. En cuanto al "Evangelio de la Esperanza" predicado por Rodó, no parece haber encendido muchos fieles entre los liberales mexicanos. Los "Científicos", por ejemplo, más adoradores de Calibán que de Ariel, descreyeron de la bondad y riqueza material del país. Sólo los modernistas fueron antiyanquis por una suerte de asco estético similar al de Rodó, pero las generaciones que los siguieron leían *Ariel* con ironía o no lo leían.

La congruencia del porfiriato debe limitarse también a su aspecto político. La revolución ha terminado por probar el genio de la síntesis porfiriana, continuándola: al presidente-emperador han seguido los emperadores sexenales, la revolución-institucional, federalmente-centralizada y democráticamente-autoritaria. Don Edmundo tiene razón al decir que el porfiriato se propuso más claramente la modernidad, pero su idea de la revolución es inexacta en dos aspectos.

En primer término, la revolución, o



parte de ella, no combatió al porfiriato en nombre de la modernidad sino, por el contrario, en el de la tradición. De una tradición regional, parroquial, perteneciente a otro México cuyas raíces son, incluso, anteriores a la invención de América y en cuyo exterminio hemos progresado espléndidamente. Por otra parte, la revolución no constituyó un retroceso de la modernidad porfiriana. En cierta medida, es el caso de la más conmovedora fidelidad y no sólo en el aspecto político: si Limantour hubiese vivido en 1925, habría fundado el Banco de México.

Tan pronto como se acepta la importancia de los ferrocarriles en la historia, esta se convierte en una cuestión de grados, se vuelve ambigua. La prueba de que los proyectos ilustrados, liberal, conservador, porfiriano y revolucionario no eran imposibles de este lado de la realidad, es el país en que vivimos: país injusto, híbrido, deforme en muchos sentidos. Pudo serlo menos, pero las circunstancias ingobernables y la incapacidad de quienes han podido cambiar las cosas, lo han hecho así.

Y es aquí donde este libro intenso y emotivo de O'Gorman adquiere su íntima justificación. Más allá de todos los reparos fácticos, *México, el trauma de su historia* acierta en señalar lo fundamental: la responsabilidad no asumida por los actores de la vida política mexicana. Más que una historia, don Edmundo ha escrito un juicio sobre la historia —y, como suele suceder, un Juicio Final: la querrela del siglo XIX fue absurda por la pérdida de vidas, de energía y tiempo que significó; por el gozo romántico que los liberales confundieron con la construcción nacional; por la obstinación con la que los conservadores se aferraban al vientre colonial; ambos fueron incapaces de ver, sin anteojeras ideológicas, su circunstancia; raras veces fue adulta su relación con el mundo; el papel de víctimas los hizo magnificar verdugos e inventarse un tesoro espiritual casi nonexistent; la corrupción, paternalismo, fanfarronería, ineficiencia, inconsistencia, pasividad, irresponsabilidad, torpeza y hasta mala suerte paralizan hasta ahora todo intento generoso de mejorar.

La lúcida y valiente mirada de don Edmundo O'Gorman ignoró ferrocarriles, nombres, instituciones: la historia material. Pero ha logrado descubrir un hecho definitivo: nuestra historia es una huida.